

SED 299

# Escritores a la escuela

Un programa  
de la Secretaría de Educación  
de Bogotá  
para la promoción  
de la literatura colombiana  
en al escuela



SFD  
299

# Escritores a la escuela

Un programa  
de la Secretaría de Educación  
de Bogotá  
para la promoción  
de la literatura colombiana  
en al escuela



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.  
Secretaría  
Educación

*Bogotá in indiferencia*



ALCALDÍA MAYOR  
DE BOGOTÁ D.C.  
Secretaría  
Educación

Francisco Cajiao  
SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Marina Ortiz Legarda  
SUBSECRETARÍA ACADÉMICA

Isabel Cristina López  
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Pineda Guevara  
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan  
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA



Asolectura

Programa diseñado y ejecutado por Asolectura.

© 2007, Asociación Colombiana  
de Lectura y Escritura, Asolectura

Calle 39 A Nº 20-55pbx 2458495 ext 4  
asolectura@cable.net.co  
www.asolectura.org  
Bogotá D.C., Colombia

Noviembre de 2007

ISBN 978-958-98184-1-1

Edición, Babel Libros  
Impreso en Colombia por Marvitel Ltda.

# Escritores a la escuela

La presencia de los escritores en la escuela contribuye a la transformación de las representaciones que los niños, jóvenes y docentes tienen de la escritura y de la creación literaria, poniendo a los escritores en un contexto cotidiano que posibilita el diálogo y la confrontación de imaginarios sobre el quehacer de la escritura, el oficio y el papel del escritor en la sociedad y sobre todo de la posibilidad que tiene cada uno de los alumnos y docentes de realizar actos de escritura significativos.

Descubrir, a través de las experiencias de los escritores invitados, diversas formas de creación que se relacionan de forma estrecha con su cotidianidad, permite a los niños y jóvenes pensarse a sí mismos con posibilidades para la escritura, lo cual es también una manera de promover el gusto por la lectura. Estos espacios de encuentro de los escritores con los niños, niñas, jóvenes y docentes permiten a muchos descubrir que sus prácticas de lectura y escritura no son muy diferentes de las que llevaron a los escritores consagrados a hacer de la escritura una profesión y una forma de vida.

A partir de la lectura de las obras de escritores colombianos y de la posibilidad de diálogo con ellos se espera desmitificar la actividad creadora, y revalorizar los procesos de escritura de los niños, jóvenes y docentes que trasciendan las obligaciones escolares y los usos funcionales que se hace de ella.

# Contenido

**Escribir.** Marguerite Duras. . . . . 7

## **Escritores a la escuela**

Jotamario Arbeláez . . . . .	23
Pedro Badrán . . . . .	25
Juan Carlos Bayona . . . . .	27
Hugo Chaparro Valderrama . . . . .	29
Olga Cuéllar . . . . .	31
Ivar Da Coll. . . . .	33
Federico Díaz-Granados . . . . .	35
José Luis Díaz-Granados . . . . .	37
Jorge Franco . . . . .	39
Helena Iriarte . . . . .	41
Pilar Lozano . . . . .	43
Gonzalo Mallarino. . . . .	45
Mario Mendoza. . . . .	47
Francisco Montaña . . . . .	49
Roberto Puentes . . . . .	51
Yolanda Reyes . . . . .	53
Beatriz Helena Robledo. . . . .	55
Celso Román. . . . .	57
Evelio José Rosero . . . . .	59
Ricardo Silva Romero . . . . .	61
Cristian Valencia . . . . .	63



# ESCRIBIR

Marguerite Duras

Se está solo en una casa. Y no fuera, sino dentro. En el jardín hay pájaros, gatos. Pero, también, en una ocasión, una ardilla, un hurón. En un jardín no se está solo. Pero, en una casa, se está tan solo que a veces se está perdido. Ahora sé que he estado diez años en la casa. Sola. Y para escribir libros que me han permitido saber, a mí y a los demás, que era la escritora que soy. ¿Cómo ocurrió? Y, ¿cómo explicarlo? Sólo puedo decir que esa especie de soledad de Neauphle la hice yo, fue hecha por mí. Para mí. Y que sólo estoy sola en esa casa. Para escribir. Para escribir no como lo había hecho hasta entonces. Sino para escribir libros que yo aún desconocía y que nadie había planeado nunca. Allí escribí *El arrebató de Lol V. Stein* y *El vicecónsul*. Luego, después de éstos, otros. Comprendí que yo era una persona sola con mi escritura, sola muy lejos de todo.

[...]

La soledad de la escritura es una soledad sin la que el escribir no se produce, o se fragmenta exangüe de buscar qué seguir escribiendo. Se desangra, el autor deja de reconocerlo. Y, ante todo, nunca debe dictarse a secretaria alguna, por hábil que sea, y, en esta fase, nunca hay que dar a leer lo escrito a un editor.

Alrededor de la persona que escribe libros, siempre debe haber una separación de los demás. Es una soledad. Es la soledad del autor,

Nota. Fragmentos del texto "Escribir". Tomado del libro *Escribir* de Marguerite Duras. Barcelona: Tusquets, 1994.

la del escribir. Para empezar, uno se pregunta qué es ese silencio que lo rodea. Y prácticamente a cada paso que se da en una casa y a todas horas del día, bajo todas las luces, ya sean del exterior o de las lámparas encendidas durante el día. Esta soledad real del cuerpo se convierte en la, inviolable, del escribir. Nunca hablaba de eso a nadie.

[...]

Escribir: es lo único que llenaba mi vida y la hechizaba. Lo he hecho. La escritura nunca me ha abandonado.

[...]

La soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros. Sucedió así. Estaba sola en casa. Me encerré en ella, también tenía miedo, claro. Y luego la amé. La casa, esta casa, se convirtió en la casa de la escritura. Mis libros salen de esta casa. También de esta luz, del jardín. De esta luz reflejada del estanque. He necesitado veinte años para escribir lo que acabo de decir.

[...]

Hallarse en un agujero, en el fondo de un agujero, en una soledad casi total y descubrir que sólo la escritura te salvará. No tener ningún argumento para el libro, ninguna idea de libro es encontrarse, volver a encontrarse, delante de un libro. Una inmensidad vacía. Un libro posible. Delante de nada. Delante de algo así como una escritura viva y desnuda, como terrible, terrible de superar. Creo que la persona que escribe no tiene idea respecto al libro, que tiene las manos vacías, la cabeza vacía, y que, de esa aventura del libro, sólo conoce la escritura seca y desnuda, sin futuro, sin eco, lejana, con sus reglas de oro, elementales: la ortografía, el sentido.

[...]

En la vida llega un momento, y creo que es fatal, al que no se puede escapar, en que todo se pone en duda: el matrimonio, los amigos, sobre todo los amigos de la pareja. El hijo, no. El hijo nunca se pone en duda. Y esa duda crece alrededor de uno. Esa duda está sola, es la de la soledad. Ha nacido de ella, de la soledad. Ya podemos nombrar la palabra. Creo que mucha gente no podría soportar lo que digo, huirían. De ahí quizá que no todo hombre sea un escritor. Sí. Eso es, ésa es la diferencia. Esa es la verdad. No hay otra. La duda, la duda es escribir. Por tanto, es el escritor, también. Y con el escritor todo el mundo escribe. Siempre se ha sabido.

[...]

[...]Ya que uno está perdido y ya no tiene nada que escribir, que perder, uno escribe. Mientras el libro está ahí y grita que exige ser terminado, uno escribe. Uno está obligado a mantener el tipo. Es imposible soltar un libro para siempre antes de que esté completamente escrito; es decir: solo y libre de ti, que los has escrito. Es tan insoportable como un crimen. No creo a la gente que dice: "He roto mi manuscrito, lo he tirado". No lo creo. O bien lo que estaba escrito no existía para los demás, o no era un libro. Y uno siempre sabe lo que no es un libro. Lo que nunca será un libro, no, no lo sabe. Nunca.

[...]

Eso hace salvaje la escritura. Se acerca a un salvajismo anterior a la vida. Y siempre lo reconocemos, es el de los bosques, tan antiguo como el tiempo. El del miedo a todo, distinto e inseparable de la vida misma. Uno se encarniza. No se puede escribir sin la fuerza del

cuerpo. Para abordar la escritura hay que ser más fuerte que uno mismo, hay que ser más fuerte que lo que se escribe. Es algo curioso, sí. No es sólo la escritura, lo escrito, también los gritos de las bestias de la noche, los de todos, los vuestros y los míos, los de los perros.

[...]

Un escritor es algo extraño. Es una contradicción y también un sinsentido. Escribir también es no hablar. Es callarse. Es aullar sin ruido. Un escritor es algo que descansa, con frecuencia, escucha mucho. No habla mucho porque es imposible hablar a alguien de un libro que se está escribiendo. Es imposible. Es lo contrario del cine, lo contrario del teatro y otros espectáculos. Es lo contrario de todas las lecturas. Es lo más difícil. Es lo peor. Porque un libro es lo desconocido, es la noche, es cerrado, eso es. El libro avanza, crece, avanza en las direcciones que creíamos haber explorado, avanza hacia su propio destino y el de su autor, anonadado por su publicación: su separación, la separación del libro soñado, como el último hijo, siempre el más amado.

Un libro abierto también es la noche.

Estas palabras que acabo de pronunciar me hacen llorar, no sé por qué.

Escribir a pesar de todo pese a la desesperación. No: con la desesperación. Qué desesperación, no sé su nombre. Escribir junto a lo que precede al escrito es siempre estropearlo. Y sin embargo hay que aceptarlo: estropear el fallo es volver sobre otro libro, un posible otro de ese mismo libro.

[...]

Cuando un libro está acabado –un libro que se ha escrito, claro–, al leerlo, ya no podemos decir que ese libro es un libro que ha escrito uno, ni qué se ha escrito en él, ni en qué desesperación o en qué estado de felicidad, el de un hallazgo o de un fallo de todo tu ser. Porque, al fin y al cabo, en un libro, no se puede ver nada semejante. La escritura es uniforme en cierto modo, atemperada. Ya no sucede nada más en un libro así, acabado y distribuido. Y recobra la indescifrable inocencia de su llegada al mundo.

Estar sola con el libro aún no escrito es estar aún en el primer sueño de la humanidad. Eso es. También es estar sola en la escritura aún yerma. Es intentar no morir por su causa. Es estar sola en un refugio durante la guerra. [...]

La escritura ha existido siempre sin referencia alguna o bien es... Sigue siendo como el primer día. Salvaje. Diferente. Salvo la gente, las personas que circulan por el libro, nunca las olvida uno en el trabajo y el autor nunca las echa de menos. No, estoy segura, no, la escritura de un libro, el escribir. Pues es siempre la puerta abierta hacia el abandono. El suicidio está en la soledad de un escritor. Uno está solo incluso en su propia soledad. Siempre inconcebible. Siempre peligrosa. Sí. Un precio que hay que pagar por haber osado salir y gritar.

[...]

En el libro hay eso: la soledad es la del mundo entero. Está por todas partes. Lo ha invadido todo. Sigo creyendo en esta invasión. Como todo el mundo. La soledad es eso sin lo que nada se hace. Eso sin lo que ya no se mira nada. Es un modo de pensar, de razonar, pero sólo con el pensamiento cotidiano. También eso está presente

en la función de la escritura y ante todo quizá decirse que no es necesario matarse todos los días desde el momento en que todos los días podemos matarnos. Eso es la escritura del libro, no es la soledad.

[...]

Creo que lo que reprocho a los libros, en general, es que no son libres. Se ve a través de la escritura: están fabricados, están organizados, reglamentados, diríase que conformes. Una función de revisión que el escritor desempeña con frecuencia consigo mismo. El escritor, entonces, se convierte en su propio policía. Entiendo, por tal, la búsqueda de la forma correcta, es decir, de la forma más habitual, la más clara y la más inofensiva. Sigue habiendo generaciones muertas que hacen libros pudibundos. Incluso jóvenes: libros encantadores, sin poso alguno, sin noche. Sin silencio. Dicho de otro modo: sin auténtico autor. Libros de un día, de entretenimiento, de viaje. Pero no libros que se incrusten en el pensamiento y que hablen del duelo profundo de toda vida, el lugar común de todo pensamiento.

No sé qué es un libro. Nadie lo sabe. Pero cuando hay uno, lo sabemos. Y cuando no hay nada, lo sabemos como sabemos que existimos, no muertos todavía.

Cada libro, como cada escritor, tiene un pasaje difícil, insoslayable. Y debe optar por dejar este error en el libro para que siga siendo un verdadero libro, no una falsedad. La soledad no sé en qué se convierte luego. Aún no puedo decirlo. Creo que esa soledad se torna trivial, a la larga se convierte en algo vulgar, y que es un gran acierto.

[...]

Nunca se está solo. Nunca se está solo físicamente. En ninguna parte. Siempre se está en alguna parte. Se oyen ruidos en la cocina,

los de la tele, o de la radio, en los apartamentos vecinos, y en todo el inmueble. Sobre todo cuando nunca se ha pedido silencio como siempre he hecho yo.

Me gustaría contar la historia que conté por primera vez a Michelle Porte, que había rodado una película sobre mí. En aquel momento de la historia, me encontraba en lo que se llamaba la despensa, en la "casita" con la que comunicaba la casa. Estaba sola. Esperaba a Michelle Porte en la mencionada despensa. Con frecuencia me quedo así, sola, en esos lugares tranquilos y vacíos. Mucho rato. Y fue en aquel silencio, aquel día, cuando de repente, en la pared, muy cerca de mí, vi y oí los últimos minutos de la vida de una mosca común.

Me senté en el suelo para no asustarla. Me quedé quieta.

Estaba sola con ella en toda la extensión de la casa. Nunca hasta entonces había pensado en las moscas, excepto para maldecirlas, seguramente. Como usted. Fui educada como usted con el horror hacia esa calamidad universal, que producía la peste y el cólera.

Me acerqué para verla morir.

La mosca quería escapar del muro en el que corría el riesgo de quedar prisionera de la arena y del cemento que se depositaban en dicha pared debido a la humedad del jardín. Observé cómo moría una mosca semejante. Fue largo. Se debatía contra la muerte. Duró entre diez y quince minutos y luego se acabó. La vida debió acabar. Me quedé para seguir mirando. La mosca quedó contra la pared como la había visto, como pegada a ella.

Me equivocaba: la mosca seguía viva.

Seguí allí mirándola, con la esperanza de que volviera a esperar, a

vivir.

Mi presencia hacía más atroz esa muerte. Lo sabía y me quedé. Para ver. Ver cómo esa muerte invadiría progresivamente a la mosca. Y también para intentar ver de dónde surgía esa muerte. Del exterior, o del espesor de la pared, o del suelo. De qué noche llegaba, de la tierra o del cielo, de los bosques cercanos, o de una nada aún innombrable, quizá muy próxima, quizá de mí, que intentaba seguir los recorridos de la mosca a punto de pasar a la eternidad.

Ya no sé el final. Seguramente la mosca, al final de sus fuerzas, cayó. Las patas se despegaron de la pared. Y cayó de la pared. No sé nada más, salvo que me fui de allí. Me dije: "Te estás volviendo loca". Y me fui de allí.

Cuando Michelle Porte llegó, le enseñé el lugar y le dije que una mosca había muerto allí a las tres veinte. Michelle Porte se rió mucho. Tuvo un ataque de risa. Tenía razón. Sonreí para zanjar la historia. Pero no: siguió riendo. Y yo, cuando la cuento ahora, así, de acuerdo con la verdad, con mi verdad, es lo que acabo de decir, lo que ha ocurrido entre la mosca y yo y que no da risa.

La muerte de una mosca: es la muerte. Es la muerte en marcha hacia un determinado fin del mundo, que alarga el instante del sueño postrero. Vemos morir a un perro, vemos morir a un caballo, y decimos algo, por ejemplo, pobre animal... Pero por el hecho de que muera una mosca, no decimos nada, no damos constancia, nada.

Ahora está escrito. Es esa clase de derrape quizá –no me gusta esa palabra, muy confusa– en el que corremos el riesgo de incurrir. No es grave, pero es un hecho en sí mismo, total, de un sentido enorme: de un sentido inaccesible y de una amplitud sin límites. Pensé en los

judíos. Odié a Alemania como durante los primeros días de la guerra, con todo mi cuerpo, con todas mis fuerzas. Igual que durante la guerra, a cada alemán por la calle, pensaba en su muerte a mí debida, por mí ideada, perfeccionada, en esa dicha colosal de un cuerpo alemán muerto de una muerte a mí debida.

Está bien que el escribir lleve a esto, a aquella mosca, agónica, quiero decir: escribir el espanto de escribir. La hora exacta de la muerte, consignada, la hacía ya inaccesible. Le daba una importancia de orden general, digamos un lugar concreto en el mapa general de la vida sobre la tierra.

Esa precisión de la hora en que había muerto hacía que la mosca hubiera tenido funerales secretos. Veinte años después de su muerte, ahí está la prueba, aún hablamos de ella.

Nunca había contado la muerte de esa mosca, su duración, su lentitud, su miedo atroz, su verdad.

La precisión de la hora de la muerte remite a la coexistencia con el hombre, con los pueblos colonizados, con la fabulosa masa de desconocidos del mundo, la gente sola, la de la soledad universal. La vida está en todas partes. Desde la bacteria al elefante. Desde la tierra a los cielos divinos o ya muertos.

No había organizado nada alrededor de la muerte de la mosca. Las paredes blancas, lisas, su mortaja, estaban ya allí y contribuyeron a que su muerte se convirtiera en un acontecimiento público, natural e inevitable. Era evidente que aquella mosca se encontraba al final de su vida. No podía resistirme a verla morir. Ya no se movía. Eso

también contaba, y también saber que no se puede contar que esa mosca haya existido.

Hace veinte años de eso. Nunca había contado esa historia como acabo de hacerlo, ni siquiera a Michelle Porte. Lo que aún sabía –lo que veía– es que la mosca ya sabía que aquel hielo que la atravesaba era la muerte. Eso era lo más espantoso. Lo más inesperado. Ella sabía. Y aceptaba.

Una casa sola no existe así como así. A su alrededor se necesita tiempo, gente, historias, “hitos”; cosas como el matrimonio o la muerte de aquella mosca, la muerte, la muerte banal: la de la unidad y a la vez la del número, la muerte planetaria, proletaria. La de las guerras, esas montañas de guerras de la Tierra.

Aquel día. El mencionado, el de la cita con mi amiga Michelle Porte, a quien sólo yo vi, aquel día sin hora exacta, murió una mosca.

De repente el momento en que la miraba eran las tres veinte de la tarde y pico: el rumor de los élitros cesó.

La mosca había muerto. Aquella reina. Negra y azul.

Aquella, la que yo había visto, había muerto. Lentamente. Se había debatido hasta el último estremecimiento. Y después cedió. Quizá duró entre cinco y ocho minutos. Había sido largo. Fue un instante de absoluto pavor. Y fue la marcha de la muerte hacia otros cielos, otros planetas, otros lugares.

Quería huir y al mismo tiempo me decía que debía mirar hacia aquel ruido en el suelo, para, a pesar de todo, haber oído, una vez, ese ruido de llamarada de leña húmeda de la muerte de una mosca

común.

Sí. Eso es, esa muerte de la mosca se convirtió en ese desplazamiento de la literatura. Se escribe sin saberlo. Se escribe para mirar morir una mosca. Tenemos derecho a hacerlo.

A Michelle Porte le dio un ataque de risa cuando dije a qué hora había muerto la mosca. Y ahora pienso si no sería yo quien contara esa muerte de modo risible. En aquel momento carecía de medios para expresarlo porque miraba aquella muerte, la agonía de aquella mosca negra y azul.

La soledad siempre está acompañada por la locura. Lo sé. La locura no se ve. A veces sólo se la presiente. No creo que pueda ser de otro modo. Cuando se extrae todo de uno mismo, todo de un libro, forzosamente se está en el particular estado de cierta soledad que no se puede compartir con nadie. No se puede hacer compartir nada. Uno debe leer solo el libro que uno ha escrito, enclaustrado en el libro. Evidentemente eso tiene un aspecto religioso pero no lo experimenta uno en el acto, puede pensarlo después [como lo pienso en este momento] con motivo de algo que podría ser la vida, por ejemplo, o la solución a la vida del libro, de la palabra, de gritos, de aullidos sordos, silenciosamente terribles de todos los pueblos del mundo.

Todo escribe a nuestro alrededor, eso es lo que hay que llegar a percibir; todo escribe, la mosca, la mosca escribe, en las paredes, la mosca escribió mucho a la luz de la sala, reflejada por el estante. La escritura de la mosca podría llenar una página entera. Entonces sería una escritura. Desde el momento en que podría ser una escritura, ya lo es. Un día, quizás, a lo largo de los siglos venideros, se leería esa

escritura, también sería descifrada, y traducida. Y la inmensidad de un poema legible se desplegaría en el cielo.

[...]

Hay el primer crepúsculo, el del verano, y no hace falta encender la luz en el interior.

Y luego hay en el verdadero, el crepúsculo de invierno. A veces, cerramos los postigos para no verlo. También están las sillas, las guardamos para el verano. La terraza, allí es donde pasamos todos los veranos. Que lo digan mis amigos que vienen a pasar el día. Frecuentemente para eso, hablar.

Es triste cada vez, pero no trágico: el invierno, la vida, la injusticia. El horror absoluto una mañana determinada. Es sólo eso, triste. No nos acostumbramos con el tiempo.

Lo más duro, en esta casa, es el miedo por los árboles. Siempre. Y cada vez. Cada vez que hay una tormenta, y aquí la hay, y muchas, estamos con lo de los árboles, tenemos miedo por esos árboles. De repente, ya no sé su nombre.

La hora del crepúsculo al atardecer; es la hora en la que todo el mundo deja de trabajar alrededor del escritor.

En las ciudades, en los pueblos, en todas partes, los escritores son gente solitaria. En todas partes, y siempre, lo han sido.

Y, en lo que a mí respecta, siempre he vivido esa hora como si no fuera la hora final del trabajo, sino la hora del inicio del trabajo. En lo que al escritor respecta, hay ahí, en la naturaleza, una especie de inversión de valores.

[...]

Con frecuencia, al terminar el trabajo, a uno le asalta el recuerdo

de la más grande de las injusticias. Hablo de lo cotidiano de la vida. No es por la mañana, es al atardecer cuando eso invade las casas, nos invade a nosotros. Y si no se es así, no se es absolutamente nada. Se es: nada. Y siempre en todos los casos de todos los pueblos, se sabe.

La liberación se produce cuando la noche empieza a aposentarse. Cuando fuera cesa el trabajo. Queda ese lujo nuestro, que nos pertenece, de poder escribirlo por la noche. Podemos escribir a cualquier hora. No sufrimos sanciones de reglas, horarios, jefes, armas, multas, insultos, polis, jefes y más jefes. Y las gallinas cluecas de fascismos futuros.

[...]

Es la mayor injusticia del tiempo, de todos los tiempos: y si uno no llora por eso una sola vez en su vida no llora por nada. Y no llorar nunca es no vivir.

Llorar, es necesario que eso también suceda.

Aunque llorar sea inútil, creo que, con todo, es necesario llorar. Porque la desesperación es tangible. Permanece. El recuerdo de la desesperación, permanece. A veces mata.

Escribir.

No puedo.

Nadie puede.

Hay que decirlo: no se puede. Y se escribe.

Lo desconocido que uno lleva en sí mismo: escribir, eso es lo que se consigue. Eso o nada.

Se puede hablar de un mal del escribir.

[...]

Hay una locura de escribir que existe en sí misma, una locura de escribir furiosa, pero no se está loco debido a esa locura de escribir. Al contrario.

La escritura es lo desconocido. Antes de escribir no sabemos nada de lo que vamos a escribir. Y con total lucidez.

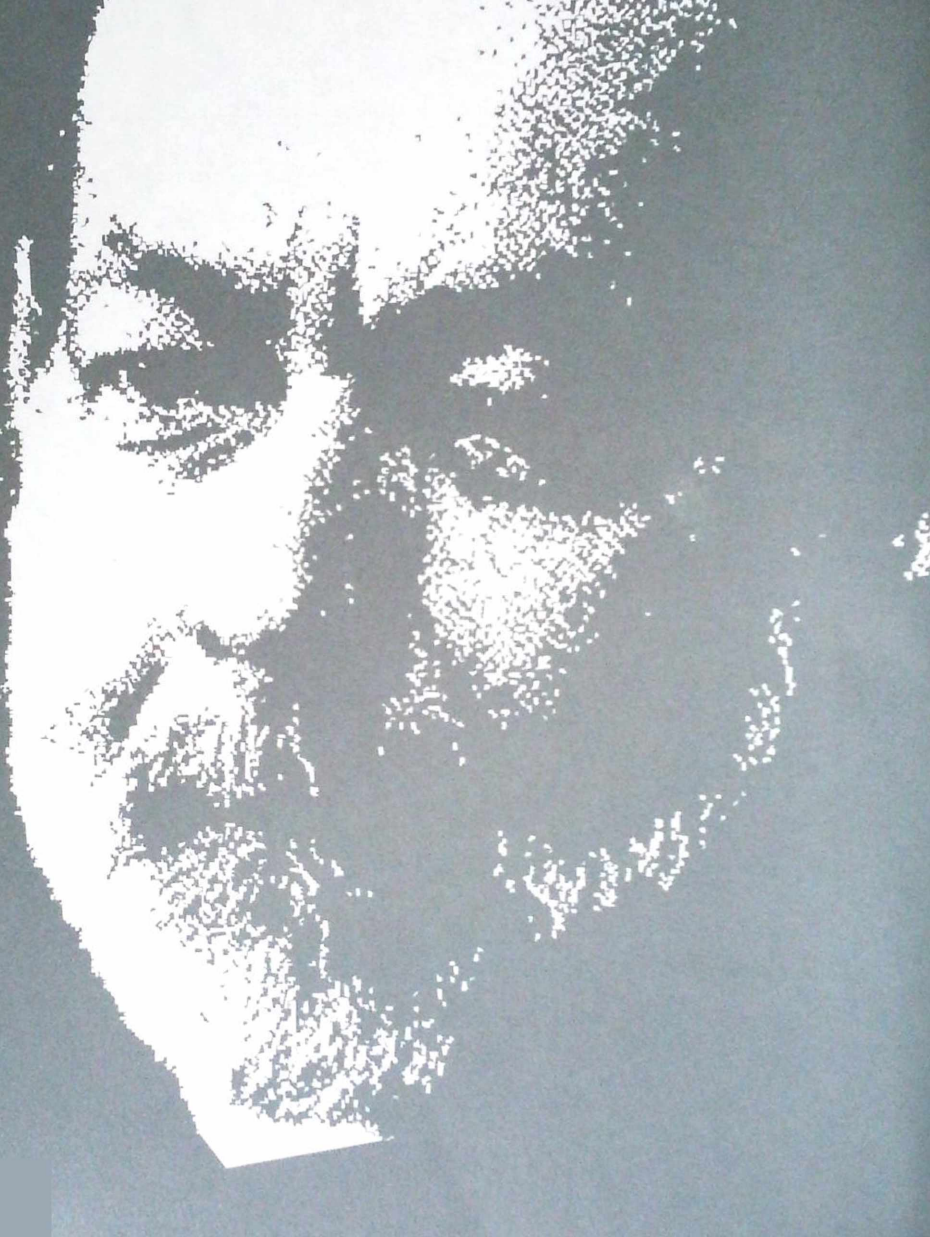
Es lo desconocido de sí, de su cabeza, de su cuerpo. Escribir no es ni siquiera una reflexión, es una especie de facultad que se posee junto a su persona, paralelamente a ella, de otra persona que aparece y avanza, invisible, dotada de pensamiento, de cólera, y que a veces, por propio quehacer, está en peligro de perder la vida.

Si se supiera algo de lo que se va a escribir, antes de hacerlo, antes de escribir, nunca se escribiría. No valdría la pena.

Escribir es intentar saber qué escribiríamos si escribiésemos –sólo lo sabemos después– antes, es la cuestión más peligrosa que podemos plantearnos. Pero también es la más habitual.

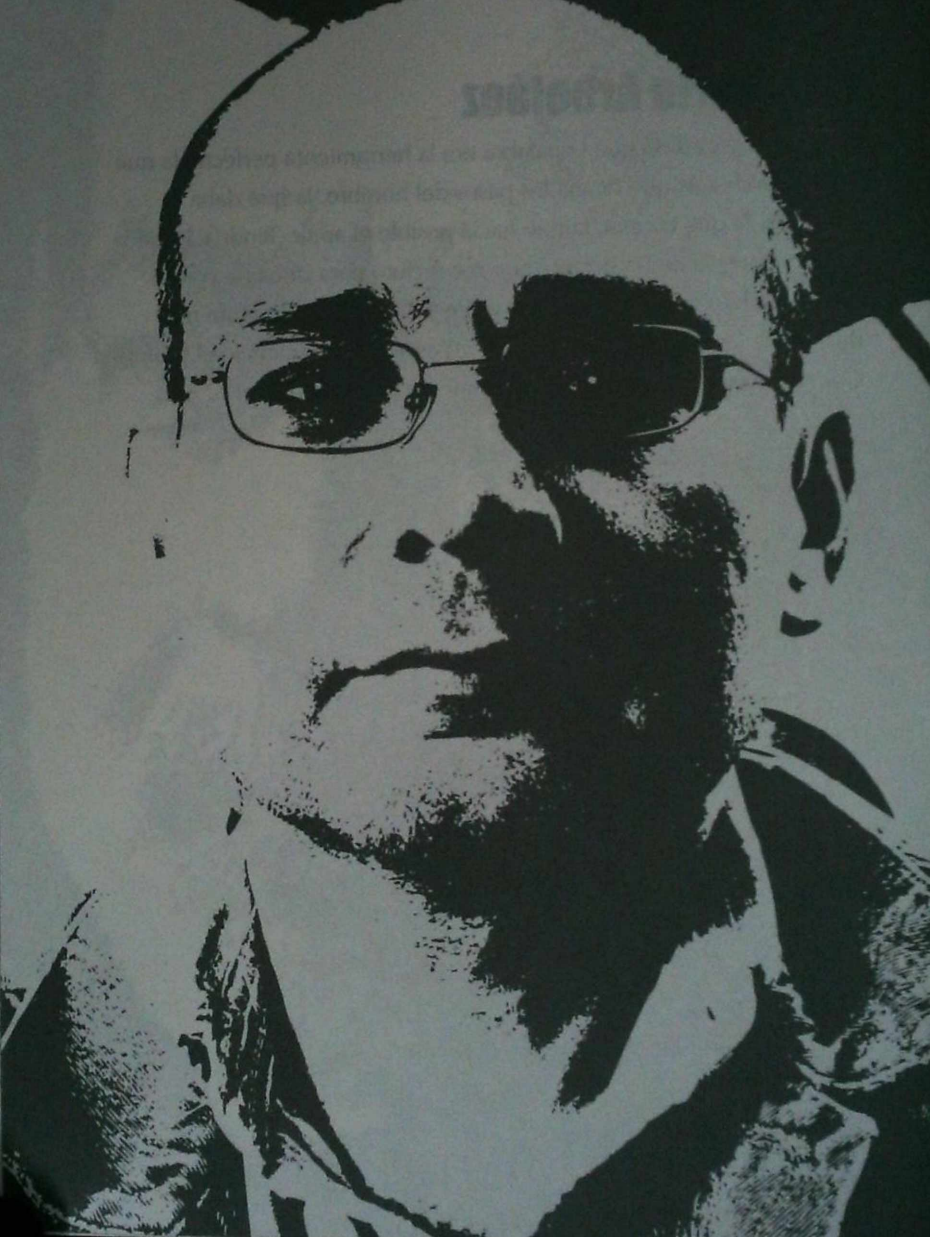
La escritura: la escritura llega como el viento, está desnuda, es la tinta, es lo escrito, y pasa como nada pasa en la vida, nada, excepto eso, la vida.

# **Escritores a la escuela**



## **Jotamario Arbeláez**

Había comprendido que la palabra era la herramienta perfecta, la que hacía mundos, la que dirigía los pasos del hombre, la que daba consuelo, la que curaba, la que hacía posible el amor. Tendría 17 años y me encontré con un profeta que me reclutó para su causa con la misión de hacer al hombre, a través de la poesía, una criatura más digna ante las estrellas. Han pasado 50 años, ya desapareció el profeta Gonzalo Arango, pero sigue viva en mí esa pasión redentora.



## Pedro Badrán

Yo empecé escribiendo poemas pero a mí lo que me gusta es escribir cuentos y novelas cortas. Nunca tengo un plan para escribir, siempre hay una imagen que aparece en mi cabeza, un retazo de historia que por lo regular no comprendo y entonces me siento, lucho con ella, peleo con las palabras y entonces escribo. Cuando estoy escribiendo cuentos es como si fuera un beisbolista en el cajón de bateo. El pitcher me lanza muchas bolas y yo abanico la brisa muchas veces hasta que por fin conecto un hit. Mi promedio de bateo debe estar en 250 pero no está mal para un Short-Stop. No me siento una persona especial por ser escritor ni me parece un oficio más digno que otros. De hecho, he conocido muy malas personas vinculadas al mundo de la literatura, las mismas que se pueden encontrar en cualquier otro oficio. Pero yo no soy mejor que ellas.



## Juan Carlos Bayona

Uno no sabe exactamente en qué momento se hace escritor, pero sí, por que quisiera serlo. O por qué cree que lo podría llegar a ser. No se si sea un escritor de verdad, por que he leído a muchos verdaderos artistas de la palabra, pero me empeñaré lo que más pueda y no cejaré así muera en el intento. He escrito poemas, columnas de opinión, tal cual cuento, tal cual prólogo y algunos ensayos. Eso es verdad. Pero debo reconocer otra verdad: que pienso más en escribir de lo que verdaderamente escribo. Y eso, aunque sea un consuelo me hace, de alguna manera un escritor o al meno, un proyecto de escrito. Quienes navegamos entre la palabra escrita, lo hacemos bajo el convencimiento de que el mundo de las letras es el único sucedáneo posible de la vida, lo hacemos a sabiendas, de que si bien no sólo de literatura vive el hombre, sin la literatura no se puede vivir y como dijera Borges, "que otros se jacten de la que les ha sido dado escribir, que yo me jactaré de la que me ha sido leer.



## Hugo Chaparro Valderrama

La escritura del vampiro. Laboratorios Frankenstein  
Empecé a escribir porque de niño me gustaban los cuentos de terror, las historias de miedo que leía con mi madre y que espantaban mi sueño, haciendo que descubriera en la oscuridad al vampiro posible que podía estar escondido en algún lugar de la casa. Quise entonces "aterrorizar" a mis primeros lectores, a mis compañeros de escuela que escuchaban con paciencia las aventuras protagonizadas por mis primeros fantasmas. También porque los cómics y el cine me mostraron por primera vez a Drácula, como un ser pálido que salía de noche para tratar de acariciar con sus colmillos el cuello de una doncella. Las películas y la literatura fueron así una forma de vivir en otra realidad distinta a la que nos queda cuando cerramos un libro o salimos del cine; una realidad que siempre ha cumplido con enseñarme fantasías imposibles en ese mundo donde todo es posible, la ficción que desde entonces y hasta hoy es para mí una fiesta cotidiana.



## **Olga Cuéllar**

Nací en Ipiales, Nariño, pero desde los dos años vivo en Bogotá.

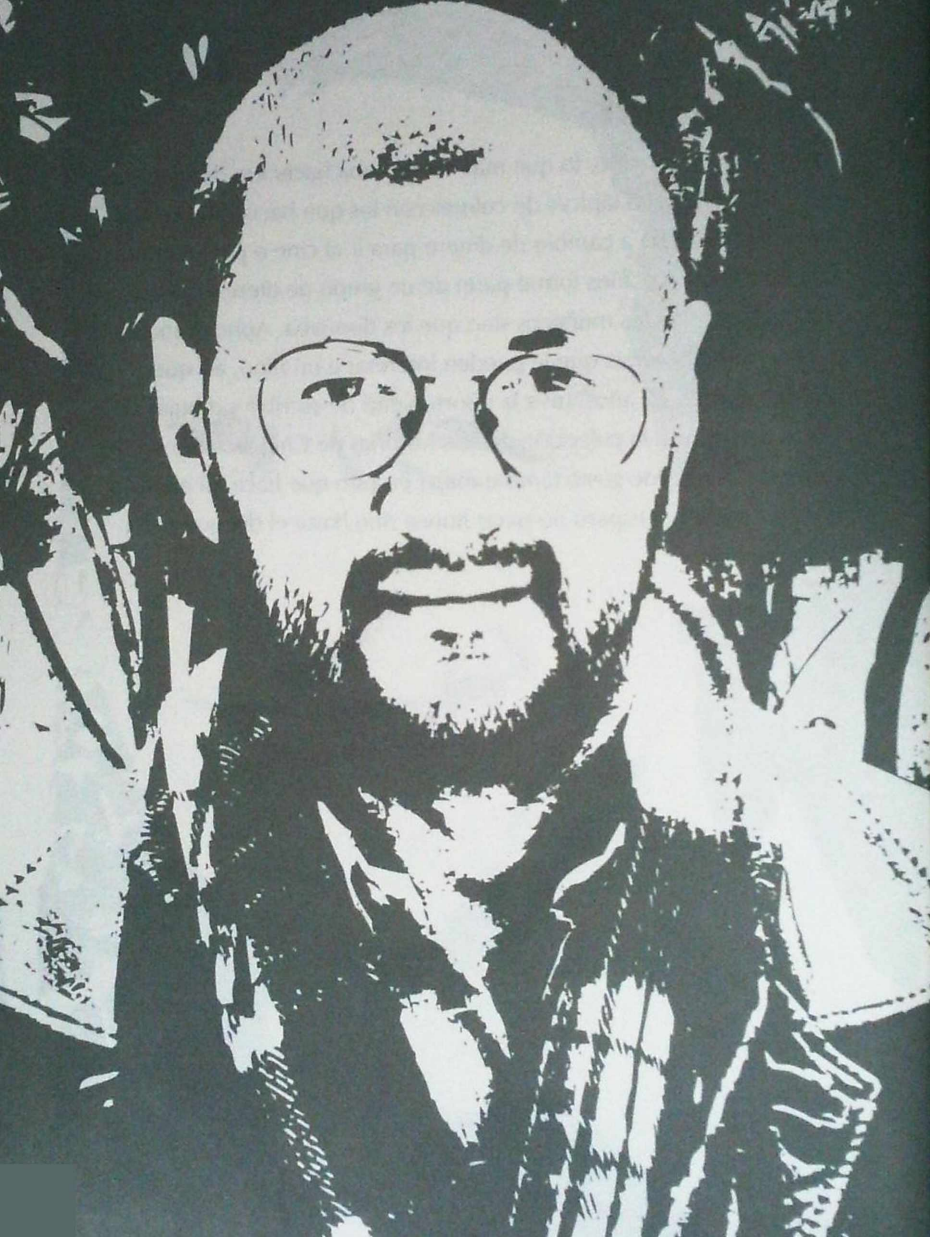
La verdad no me acuerdo como me fui acercando a los libros infantiles.

No solo para ilustrarlos sino para leerlos y mirarlos mil y mil veces. Me gusta ilustrar lo que otros escriben, pero también me gusta inventar mis propias historias sin palabras y darle vida a personajes y animales, para que los niños sientan también ganas de mirarlos mil y mil veces más.



## Ivar Da Coll

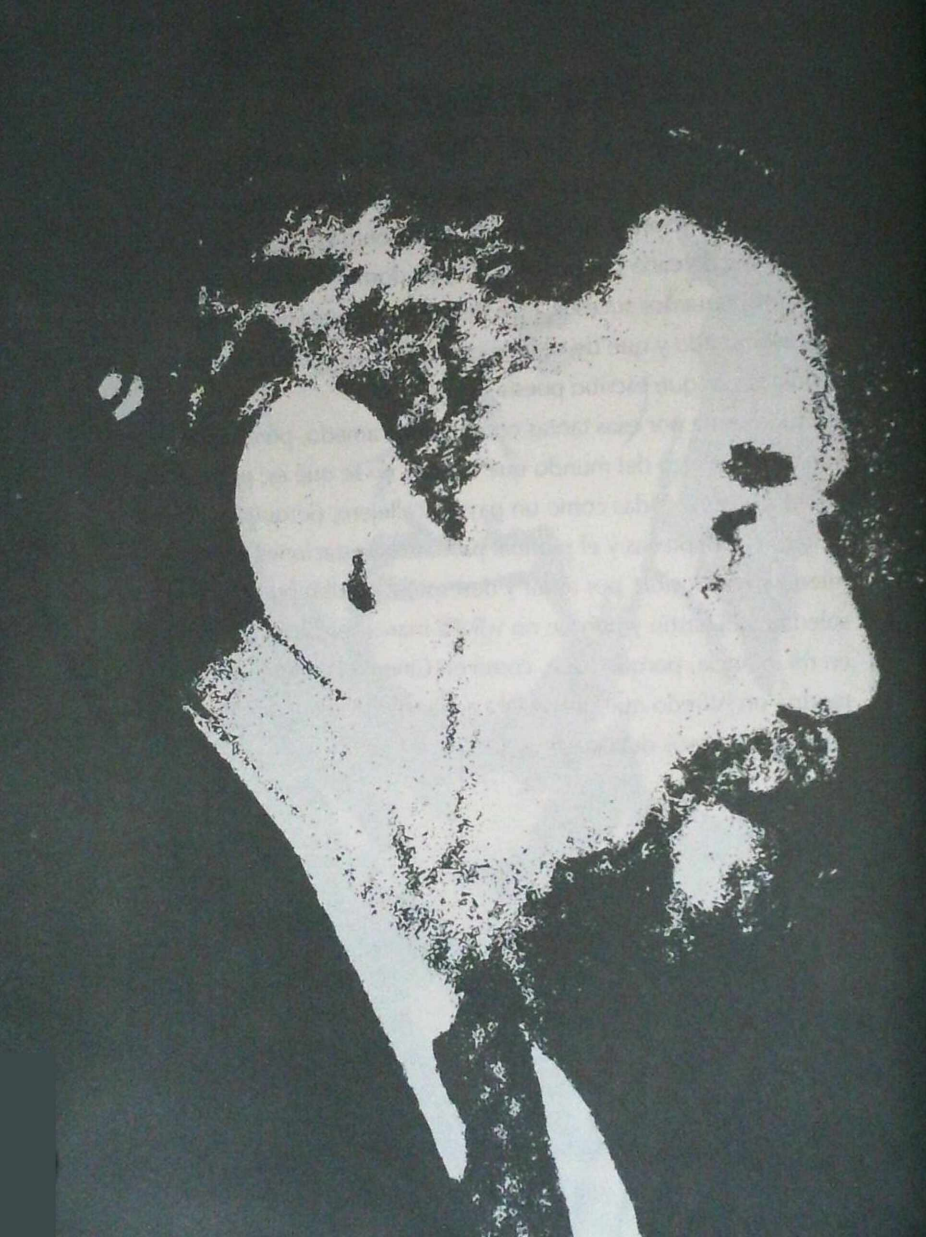
Recuerdo que de niño, lo que más me gustaba hacer era dibujar; mi papá me compraba lápices de colores con los que hacía dibujos que luego le entregaba a cambio de dinero para ir al cine o para comprar dulces. A los once años formé parte de un grupo de títeres. Allí no sólo actuaba con los muñecos sino que los diseñaba. Aprendí mucho acerca de las historias que le pueden interesar a un niño, así que cuando cumplí 22 años, tuve la oportunidad de escribir y dibujar libros para niños, la colección de seis historias de Chigüiros fueron mis primeros libros. Me gustó tanto trabajar en esto que hace 23 años no dejo de hacerlo y espero no parar nunca sino hasta el día que deba dejar mi vida.



# Federico Díaz-Granados

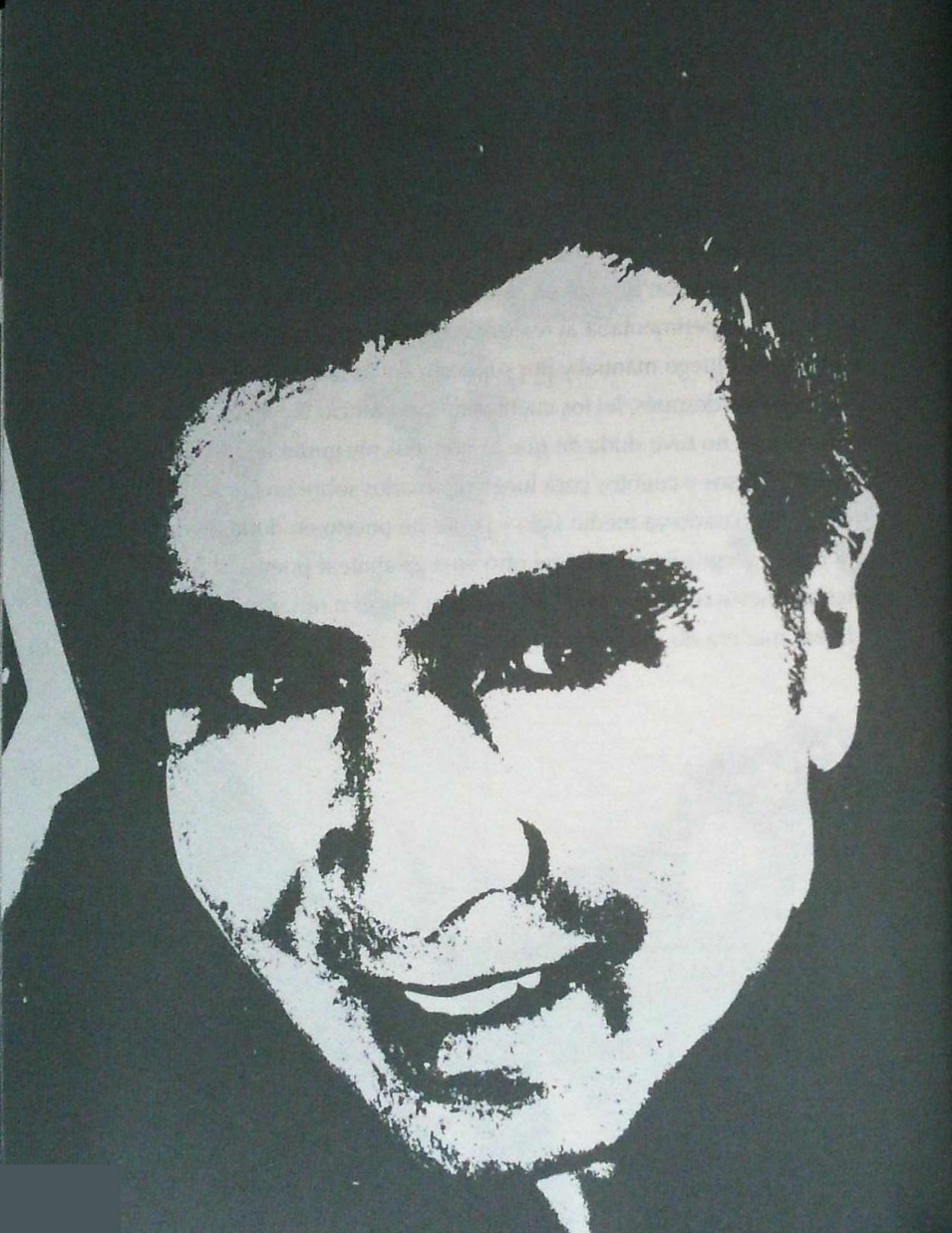
He amado el fútbol. He llorado al ver películas como La guerra de las galaxias, Cinema Paradiso o Belleza Americana; He cantando a destiempo canciones de Calamaro, Morrison o Lennon y sin embargo sigo temiendo cada día por lo que debo dormir con la luz encendida. Por esos pequeños sucesos, esos pequeños asuntos que siempre me han asombrado y que de tanto repetirse se han vuelto hogareños y cotidianos es que escribo poesía.

Escribo poesía por esas tantas cosas que he amado, porque estoy enojado con algo del mundo que todavía no se qué es, porque hago parodias equivocadas como un payaso callejero, porque sueño con inmensas bibliotecas y el puntual paso de las estaciones. Escribo por miedo y convicción, por amor y desespero, escribo porque conocí la soledad y el hastío y porque no volví a marcar ese gol que se quedó en mi infancia, porque supe, como en Cinema Paradiso, que no tendría un Alfredo que proyectara a diario mi vida ni que me regalara los mejores besos del cine mundial.



## José Luis Díaz-Granados

Tengo el remotísimo recuerdo de verme borroneando las páginas de mis cuadernos escolares en 1950, para tratar de hacer un periódico. Lo titulé El Sol, y en él intentaba escribir noticias con palitos y garabatos, junto con dibujos de reinas, políticos y deportistas. El placer que experimentaba al realizar esta labor aplastaba el interés en cualquier juego manual y por supuesto en las tareas del colegio. Poco tiempo después, leí los cuentos de Constancio C. Vigil y entonces ya no tuve duda de que lo que más me gustaba era inventar versos y cuentos para luego plasmarlos sobre una hoja de papel. Ha pasado ya medio siglo y jamás he puesto en duda de que mi mayor alegría es poner a mi otro yo a garabatear poemas, narraciones y crónicas con el fin de hacer felices a mis semejantes y de esa manera no morirme nunca.



## Jorge Franco

No creo que haya una sola razón para hacerse escritor. Hay muchas. Creo que puede haber como cien razones, unas más fuertes que otras. Pero siento que en mí predominó el deseo infantil, común a todos los seres humanos, de inventar historias, de vivir en la fantasía de un universo imaginario lleno de mundos y de seres fabulosos que nos acompañan durante la niñez. Estoy seguro de que fue la fidelidad a ese sueño infantil la que me dio el impulso para hacerme escritor. Eso, y el haber recibido de la vida el regalo de la palabra escrita.



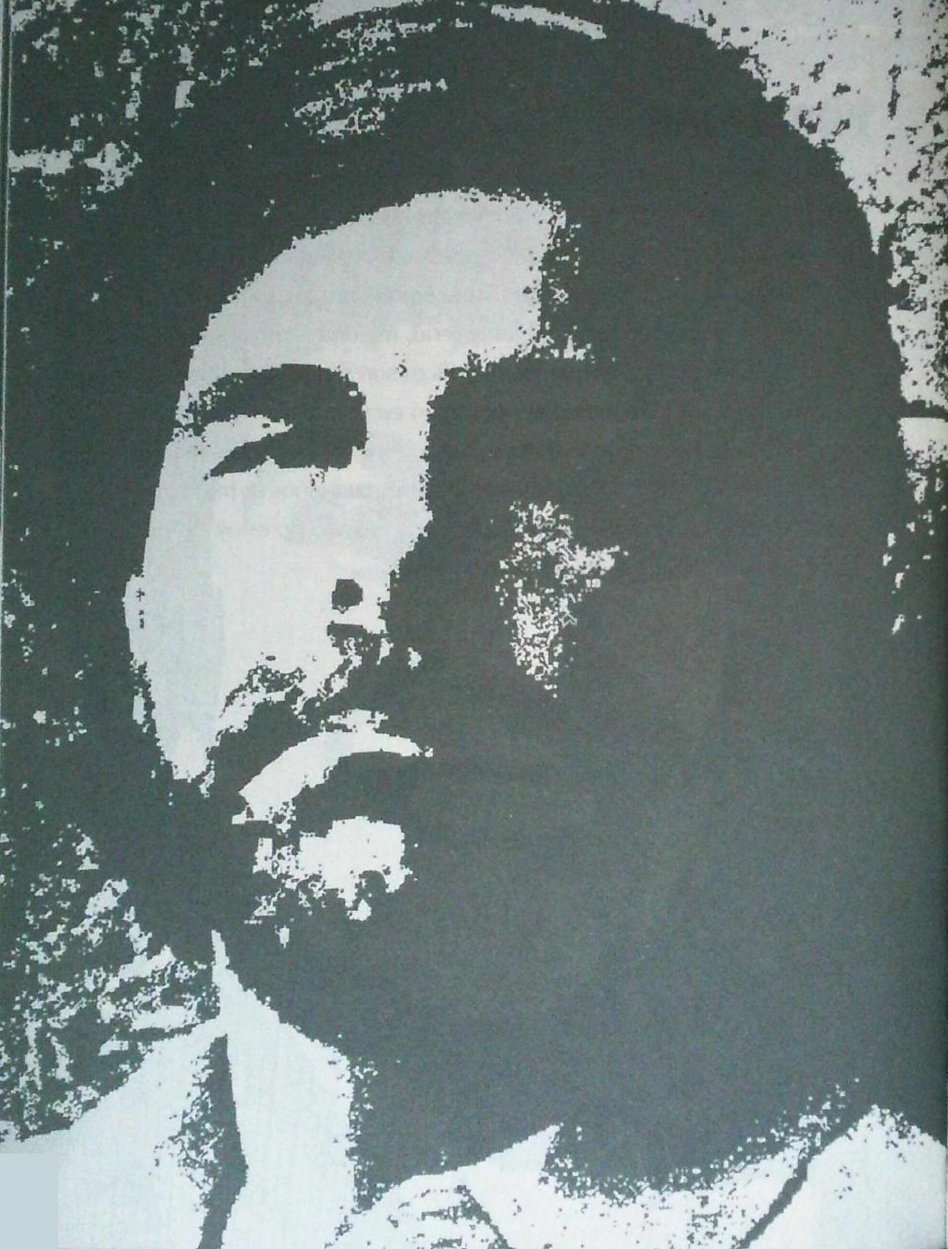
## Helena Iriarte

Creo que escribo por una profunda necesidad de acercarme a los seres humanos para comprender sus sueños y sus actos; escribo porque necesito salvar lo que imagino, lo que recuerdo y lo que miro, lo que está dentro de mí como una fuerza que no quiere perderse; o quizás porque cuando me siento triste o sola mis personajes me acompañan; escribo para que mi mundo perdure en la realidad de la palabra poética, la única que permanece cuando la vida se acaba, o para salvarme del olvido. Y así, cuando los atardeceres que amo tanto se borren, porque ya no pueda mirarlos, estarán convertidos en palabras y seguirán brillando en las páginas de un libro.



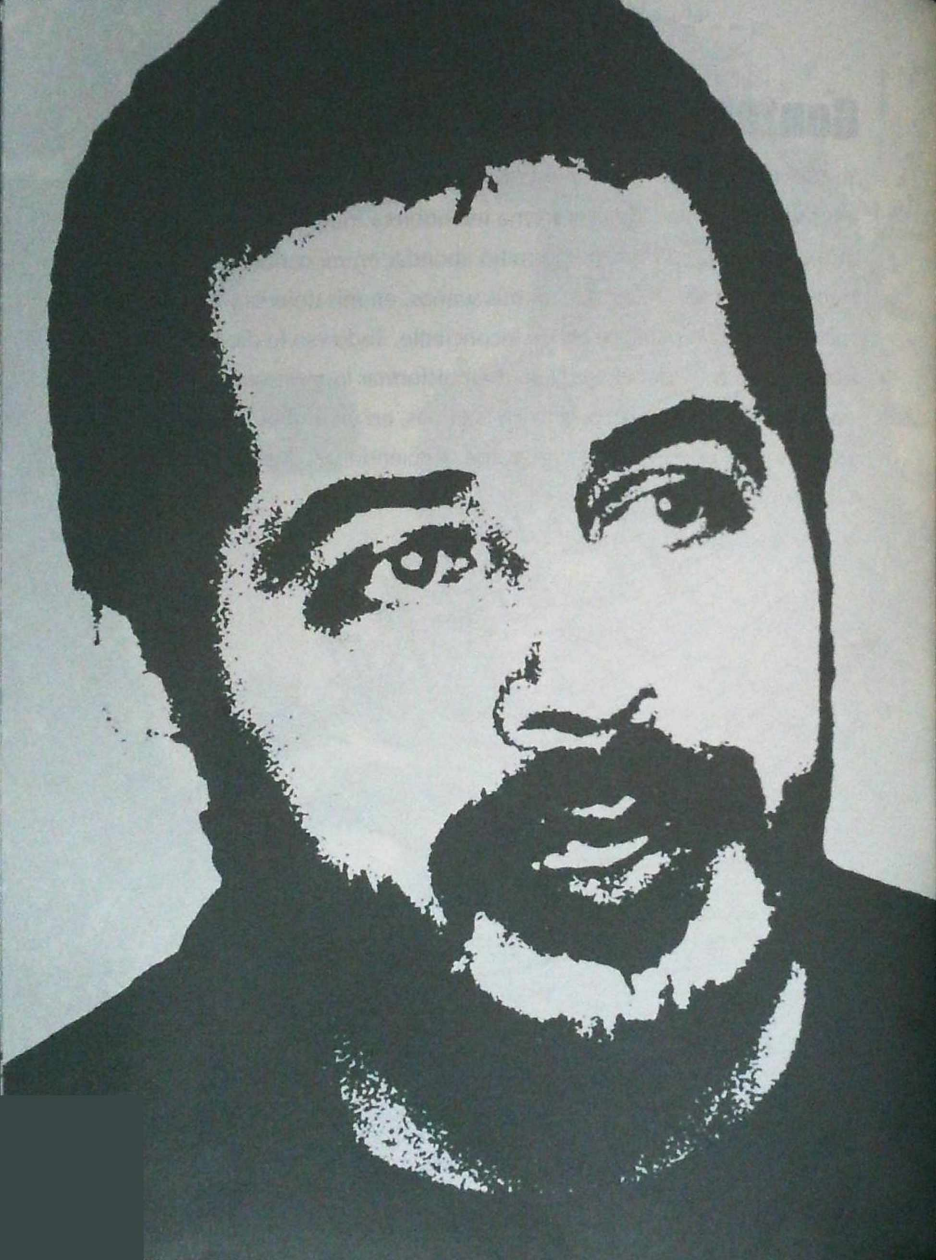
## Pilar Lozano

La literatura infantil me llegó de sorpresa en medio de mi trabajo como periodista. Mi primer cuento Socaire y el Capitán loco nació en un viaje que hice en los cayos de Roncador, Quitasueño, Serrana y Serranilla, en un buque oceanográfico. Le pregunte al capitán por los niños que habían viajado allí. Él, muy serio, me dijo: “jamás sube un niño a este buque ¿no ve que los científicos son serios y los niños molestan mucho?” De inmediato pensé en escribir la historia de una niña que, con una pequeña trampa, logra viajar en un buque lleno de laboratorios. Después de este cuento escribir para niños se me convirtió en una necesidad. Me siento vacía cuando no estoy escribiendo o soñando con un nuevo proyecto.



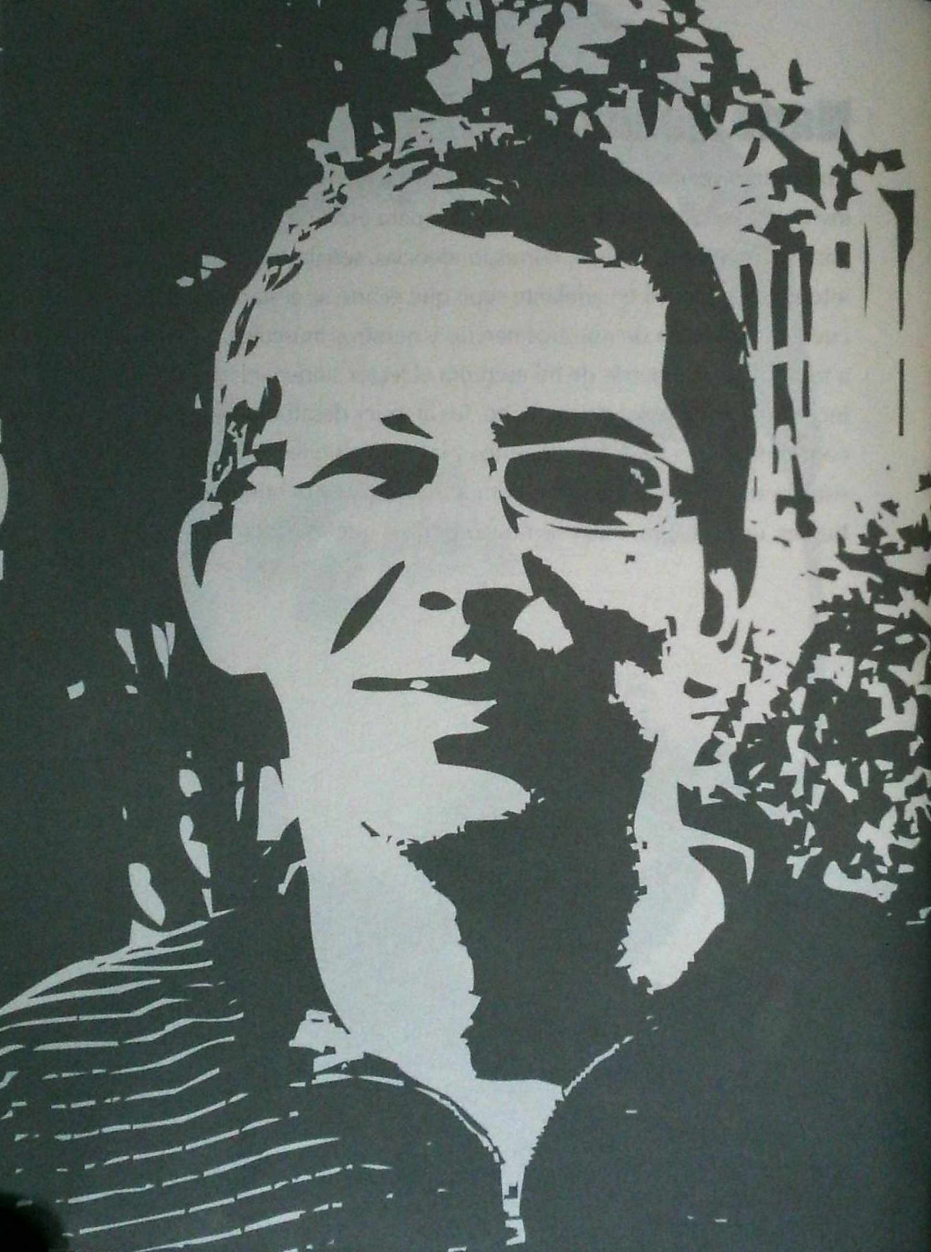
## **Gonzalo Mallarino**

Yo me aferré al ejercicio de escribir como a un madero en el mar alterado de la vida; de otra forma me hubiera muerto, me hubiera autodestruido. Escribir me permitió ahondar en mi condición humana, en mis recuerdos, en mis sueños, en mis dolores y en mis miedos, en una palabra, en mi inconciente. Todo eso le dio luz y horizonte a mi vida, el ejercicio de transformar lo más oscuro, lo más adormecido, lo más recóndito en palabras, en un ámbito lingüístico. Escribo para que el tiempo no acabe vencándome, quebrantándome tan pronto con sus dedos.



## Mario Mendoza

Comprendí que las palabras son puentes energéticos, enlaces, hilos invisibles, vasos comunicantes, caminos para entrar o para salir del paraíso, mensajes, misivas, correspondencias, señales magníficas o intolerables. De allí en adelante supe que el arte se gestaba en el cuerpo, que nacía de nuestros nervios y nuestros músculos, y busqué a toda costa que detrás de mi escritura el lector sintiera el incontrolable temblor de mi mano, los ataques desaforados de una corporeidad afectada, los espasmos y las convulsiones de mi inestable sistema nervioso central. Mi escritura: moléculas y dendritas que buscan una palabra, microsismos corporales que se hacen literatura.



## Francisco Montaña

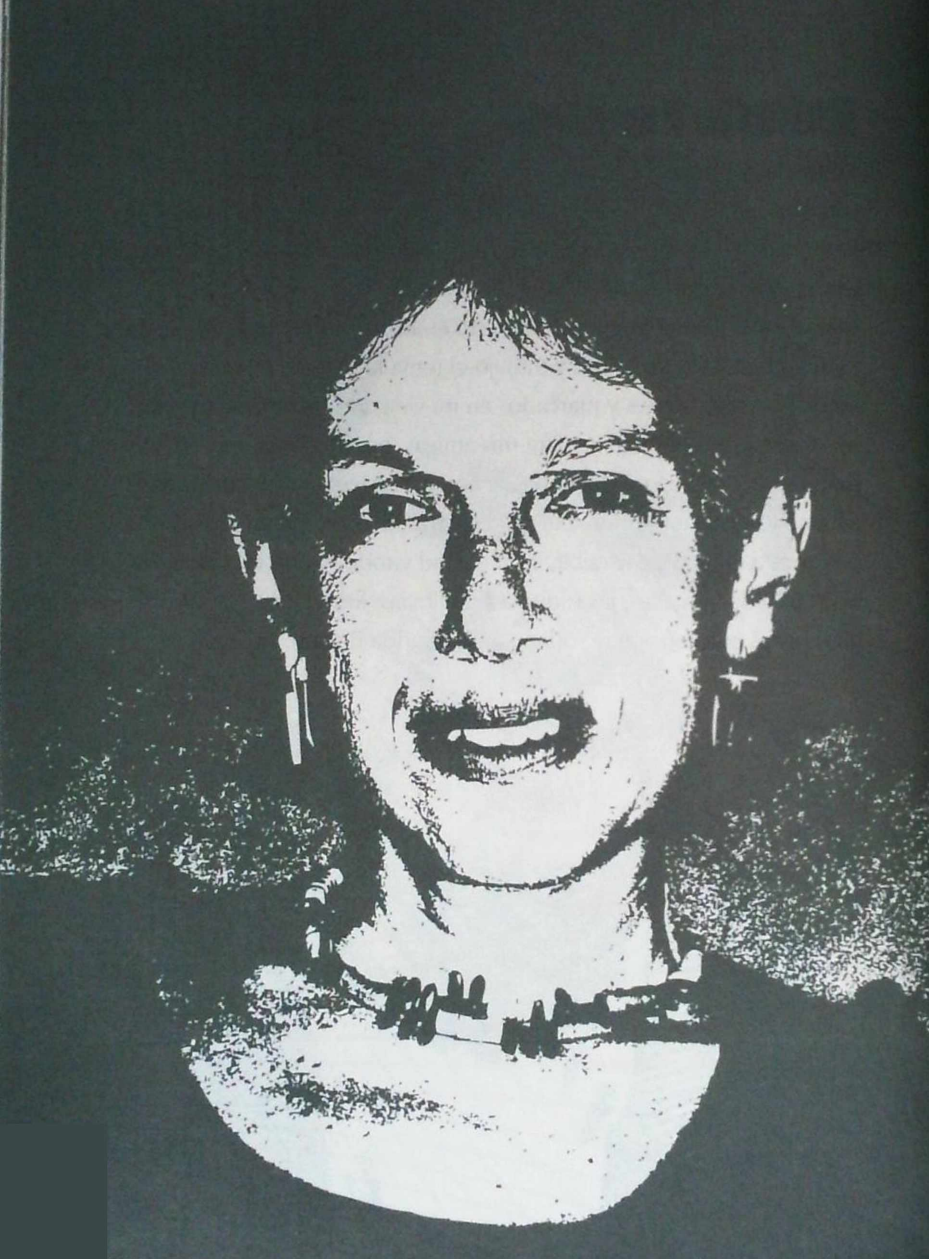
Escribo porque tal vez descubrí el amor por el mecanismo que entonces me parecía misterioso y mágico de la máquina de escribir, tal vez por ser tan malo diciendo las cosas, tal vez porque cada vez me convengo más de que tengo algo que contar o por el simple amor a las palabras Pero lo más seguro es que se debe a una decisión hecha en parte con la razón, en parte con el corazón y que ha hecho que mi forma de pensar siempre encuentre en lo que miro, huelo, oigo, siento, vivo una posible frase, sensación, acontecimiento de un posible libro. Para mí, así, el mundo se ha vuelto, a partir de esa decisión en un libro que alguna vez será posible escribir.



## Roberto Puentes

Debo decir que en la poesía, son muy importantes la música y los silencios, por eso, cuando lees poesía, de renglón a renglón haces una leve pausa y, si es doble el espacio, el silencio es un tanto mayor, por eso notarás que éstos poemas no tienen puntos ni comas

Mas allá del llamado de las musas está el trabajo con la palabra escrita, y en ese ámbito de musas y trabajo el tema la mujer y por ende, el amor, han sido fuertes y marcados en mi vida. He escrito versos para mi madre y mis hermanos, para mis amigas, para Claudia, mi esposa y para mis hijos Diego y Diana desde antes de nacer y a los cuales ha inculcado un amor entrañable por la literatura. Otra de mis grandes pasiones a la hora de escribir, es la ciudad y todo lo que ésta encierra, el ámbito de las calles, las esquinas, las lluvias, los tejados, los árboles y las bellas montañas que rodean a mi querida Bogotá.



# Yolanda Reyes

## *Los personajes de ficción*

Cierro la puerta del estudio para embarcarme en la escritura y lo que sucede más allá de la ventana se queda atrás, (entre paréntesis). Ese mundo-otro, al comienzo idea incierta, toma posesión del cuarto y desdibuja el escritorio y el teléfono, las cuentas por pagar, la clase de mañana, la situación de este país y eso es lo más aterrador desplaza a las personas de verdad. Como si hicieran realidad aquella invocación de “el verbo se hizo carne”, los personajes de ficción se roban jirones de historia ajena y propia y se abren paso entre las prisas cotidianas para volverse más reales que las preocupaciones que llamamos verdaderas. Y mientras corro a resolverlas, ellos se quedan en el borde de otro mundo y aguardan con paciencia el momento en que vuelva a rescatarlos. Entre una cita y otra, pienso en ellos: en dónde los dejé, en qué estarán haciendo así sepa que solos no pueden hacer nada y en cómo harán para salir de sus enredos. Y todo lo hago a medias, para volver pronto a vivir en lo que escribo.

Cuando no tengo una historia para contar, me siento a la deriva: deshabitada por dentro, en el andén de una estación vacía. Porque escribir es revivir aquellas tardes eternas de la infancia. “Digábamos que yo era” recuerdo que decía. Y ahí empezaba todo, exactamente como ahora.



## Beatriz Helena Robledo

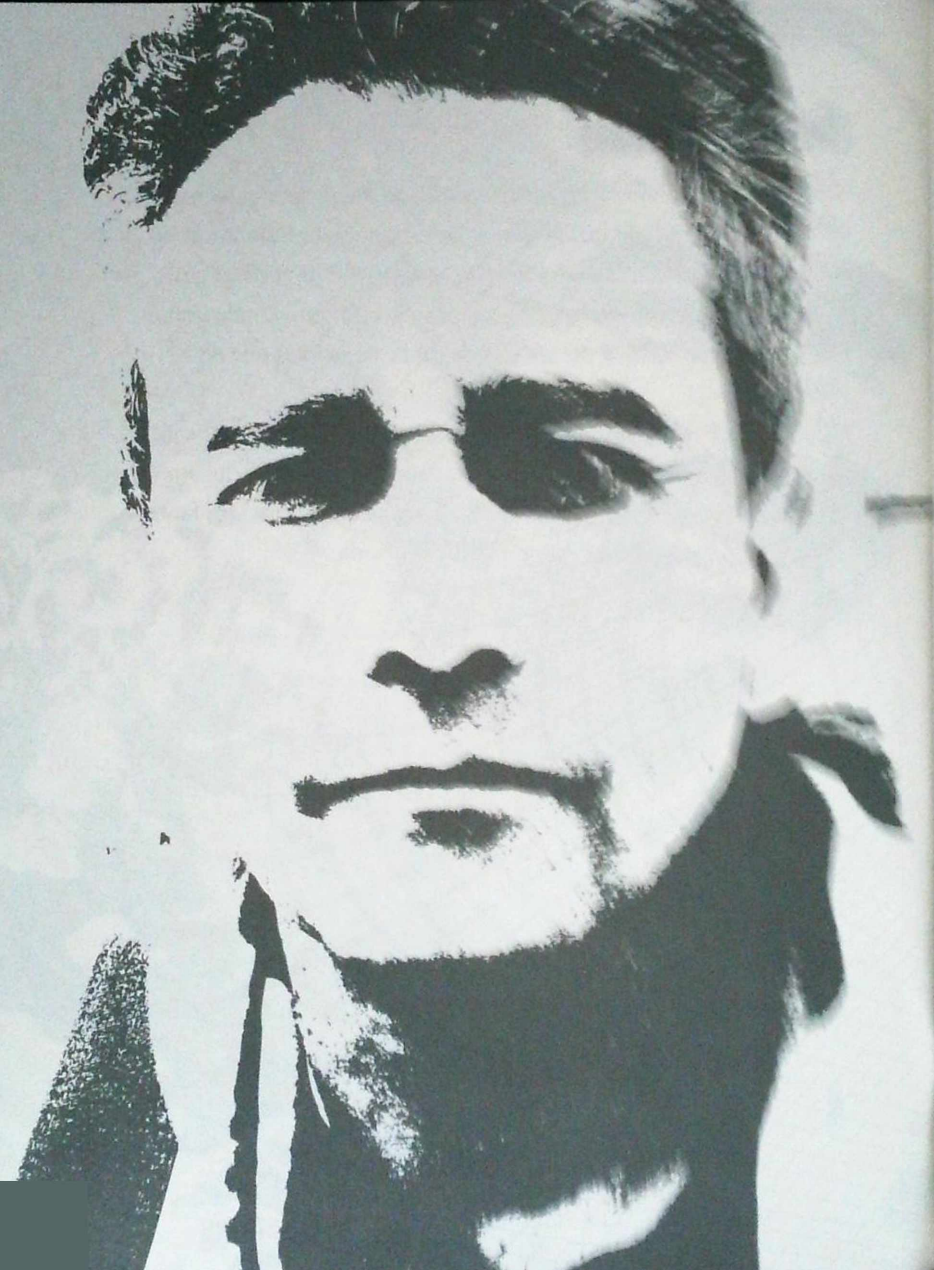
Nací y crecí en una pequeña ciudad ubicada en el filo de una montaña, entre ríos y mucho verde. Desde la ventana de mi cuarto veía de lejos el nevado del Ruiz, blanco y luminoso y de cerca los gatos en los tejados. Les tuve miedo hasta que ya grande conocí a Fígaro. Después vinieron Medea y Amaranta, dos pequeñas gatas negras y blancas que se asoman a la ventana esperando quizás a que pase el parche de la casa abandonada para jugar con ellos. Así nació la historia de Fígaro. Y un poco de esta manera han nacido otras historias, cuentos y poemas. La verdad, desde pequeña, me han gustado las palabras y he sentido la necesidad de escribir. Es algo que no puedo explicar, empieza por un desasosiego, luego unas noches de desvelo y de pronto surge una frase, una imagen, una idea y así sea a media noche, me levanto y anoto. Luego sobre esa nota nace una historia. Alguien dice que la escritura es una fuerza interior que se parece a un volcán y que si no sale explota de alguna manera. Yo lo creo. Por eso procuro dedicarme cada vez más a este oficio que aunque no ayude mucho para sobrevivir, si sirve para vivir, y vivir de corazón. Y por eso también cada vez leo más y procuro elegir libros que me alimenten y sobre todo que me gusten y que me lleven a decir: quisiera escribir algo como esto, pero a mi manera.



## **Celso Román**

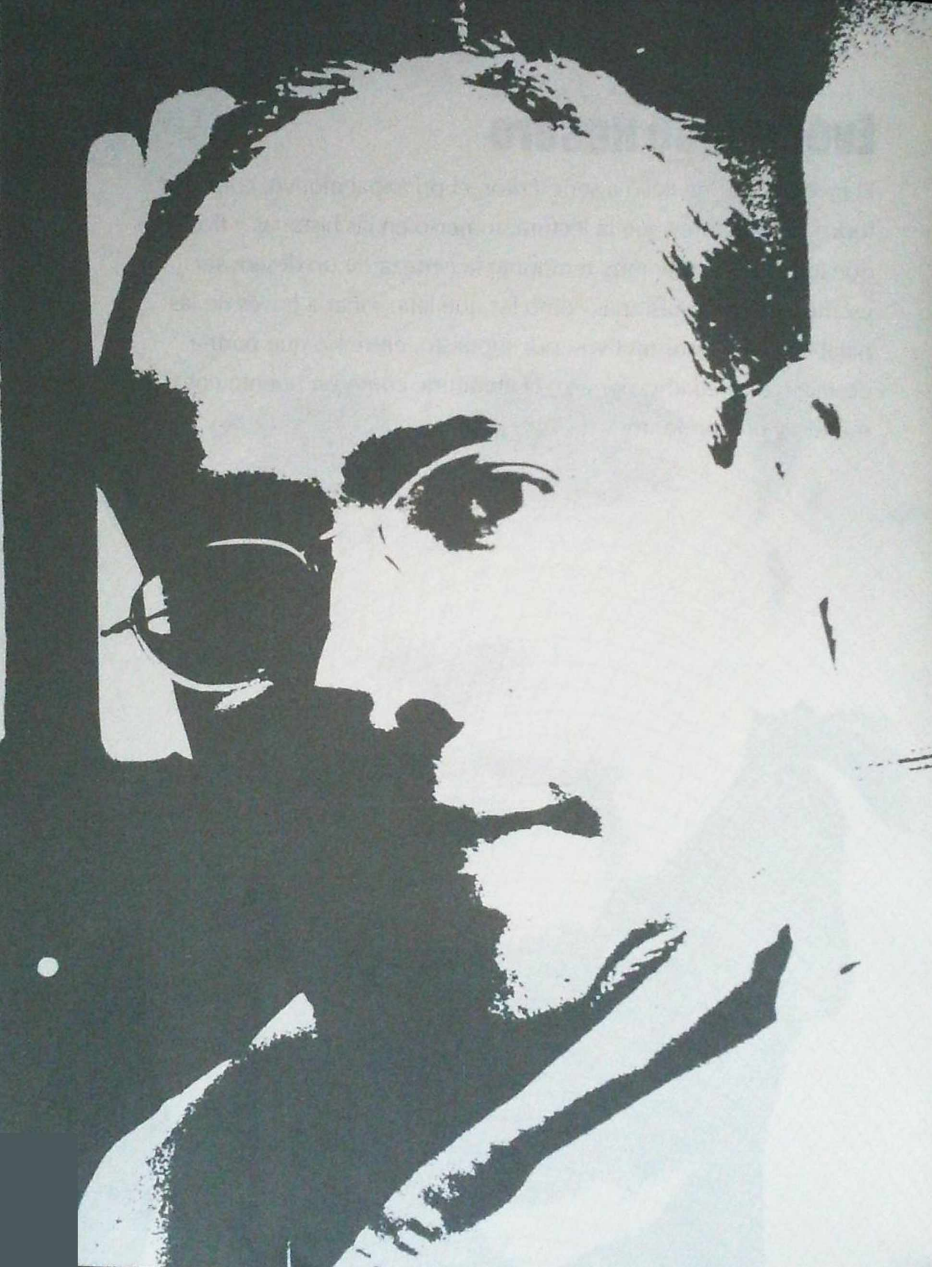
Helena Campos, mi madre poetisa y artista, me enseñó a leer y así descubrí el milagro de descifrar caracteres que se volvían cosas en la mente. De mi padre Gustavo Román, veterinario, heredé el gusto por la naturaleza; de mi abuelo, el general Celso Román, comandante liberal en la guerra civil de 1900, heredé la capacidad de soñar imposibles.

Mi vida ha girado siempre en torno a la búsqueda de las maravillas secretas en los objetos, de la recuperación de los mitos y del amor por el mundo natural, que la gente llama Ecología. Observación, fantasía, y explicación mágica del mundo, eso es mi vida.



## **Evelio José Rosero**

El motivo que me llevó a ser escritor, el principal motivo, común a todos los escritores, fue la lectura. Inmerso en las historias y ficciones que leía, tuve desde muy temprano la certeza de un deseo: ser escritor. Imaginar historias como las que leía, soñar a través de las palabras. Hay otros motivos, por supuesto, entre los que podría destacar la soledad y, por eso, la literatura, como un puente entre mi mundo y el mundo, mi vida y los demás.



## Ricardo Silva Romero

Todas las vidas pueden contarse, si uno quiere, como un drama en tres actos. Y el final de mi primer acto, el momento en el que comenzó mi historia, fue el día en que me di cuenta de que una serie de personas me pedían que escribiera. Yo era, por supuesto, el primer sorprendido. Todos podemos contar historias. Muchos podemos tener vocación de narradores. Pero muy pocos terminamos, día por día, en este extraño oficio de encadenar palabras. Ha sido la suerte de encontrar personas que han querido leerme (un maestro, un amigo, una editora), en mi caso, lo que me ha impedido salirme de la habitación en la que escribo.



## **Cristian Valencia**

Aunque suene muy chistoso escribo porque existen las máquinas de escribir. Y del encuentro con una de ellas resultó que me gustaba inventar historias y teclear. Pero jamás esperé que tecleando salieran historias. Tan sólo tocaba la máquina. Una brother deluxe 3500 con repeat spacer que ignoro por qué estaba en casa de mi madre a eso de mis 19 años. Un viernes, para ser más exacto. Y cuando pasé por su lado y la golpeé con vehemencia me gustó tanto aquel sonido de tambores destemplados que me quedé. Era como pegarle a una caja de cubiertos con más sonoridad. Y no salí. 19 años y viernes es casi siempre sinónimo de rumba. Pero aquella vez llamé a todo el mundo y me quedé tocando la máquina. En realidad estaba haciendo música. Nada más. Pero al sacar las cuartillas escritas descubrí, de rebote, que aquellas historias me parecían fantásticas a mí, sobre todo a mí. Y ese día, ese viernes, quedé enfermo para siempre de teclear. Y tecleaba día y noche. A veces amanecía escribiendo sin saber qué carajos hacía.